

# MISANTROPÍAS

Fernando R. de la Flor

EDITORIAL



DELIRIO

MISANTROPIÁS

*Director de la colección La Bolgia*

Fernando R. de la Flor

*Consejo Editorial*

Paco Bautista

Túa Blesa

Fernando Broncano

Luis Canseco

Amelia Gamoneda

Manuel Lucena

Felipe Núñez

Manuel Ambrosio Sánchez

Pedro Serra

Paolo Tanganelli

# MISANTROPÍAS

Políticas de la enemistad entre el Barroco y la Ilustración española

FERNANDO R. DE LA FLOR



Colección La Bolgia, 1

Primera edición: abril 2008

MISANTROPÍAS. Políticas de la enemistad entre el Barroco y la Ilustración española.  
Colección La Bolgia, 1

© 2008, Fernando R. de la Flor  
© 2008, EDITORIAL DELIRIO S.L.  
Carretera de Fregeneda, 16-30, Portal 1 3ºA  
37008 SALAMANCA  
www.delirio.es / fabiodelaflor@gmail.com

Diseño de la colección: F.R.F.

Impreso en EUROPA Artes Gráficas, Salamanca, España.

ISBN: 978-84-935347-7-6  
Depósito Legal: 543-2008

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

*Las ciudades están habitadas de batallas.*

**Francisco de Quevedo**

*Un día, yendo a buscar mi canoa, descubrí con claridad sobre la arena las marcas de un pie humano.*

*Nunca he sentido un espanto tan grande.*

**Daniel Defoe**

*¡Oh soledad, mi sola compañía,  
Oh musa del portento, que el vocablo  
diste a mi voz que nunca te pedía!  
responde a mi pregunta: ¿con quién hablo?*

*Ausente de ruidosa mascarada,  
divierto mi tristeza sin amigo,  
contigo, dueña de la faz velada.*

**Antonio Machado**



## ¡OH AMIGOS MÍOS: NO HAY AMIGOS!

### *Exergo en Piedrahíta*

El texto que a continuación se despliega, y que aborda un asunto que bien podemos considerar como trascendental en nuestro particular momento, tiene una motivación y unas resonancias especiales que no me parece deseable silenciar. Fue, en origen, concebido para abrir el curso 2006, *Cultura e Ilustración en la España del siglo XVIII*, último de los tres que el Grupo de Estudios del Siglo XVIII (GES XVIII) de la Universidad de Salamanca, ha podido heroicamente mantener en un lugar de memoria para la cultura del Setecientos Hispano: Piedrahíta. Tales encuentros en la Villa Ducal en la provincia de Ávila se han celebrado siempre –aunque ello nunca se haya llegado a hacer explícito– a la sombra de una particular idea de sociabilidad ilustrada que impuso en este espacio un personaje suficientemente célebre en la historia cultural del siglo XVIII español: Cayetana de Alba.



No es momento para revisar las virtudes evidentes que tal modelo de vida artificiosa y cortesana bajo el signo de la seducción y la complicidad impuso en estos dominios del Valle de la Corneja a fines del *Siglo de las Luces*. El postrer fracaso y la no-perpetuación final de su desarrollo (que bien podría haber enlazado con el presente) hablan de modo elocuente de que fue un ensayo social que se vio enfrentado bruscamente a otros modelos de vida, estos últimos no precisamente basados, como aquél, en esquemas de tolerancia y filantropía. En todo caso, es seguro que la dinámica expresiva que entre los muros del Palacio de los Alba en Piedrahíta se desató, llegó a concitar contra ella pulsiones contrarias o antípodas al *genius loci*, al estar basadas en actitudes de violencia e intransigencia que cuajaron finalmente en gestos de destrucción irracional (como la operada en el propio Palacio), así como de auténtico aniquilamiento y hasta «genocidio» de aquella ideología, a la que bien podemos ahora caracterizar como de fraternidad idealista, en la que ciertas élites se reconocieron ensayando utopías convivenciales. El poeta José Somoza visitó, muy a comienzos del siglo XIX, los restos emblemáticos donde aquella sociabilidad ilustrada y cuasi-libertina se había, primero desarrollado, y luego perecido, y encontró en ellos una oscura alegoría de los destinos obturados y celadas que la historia de España guarda para las conductas liberales y heterodoxas.

Me acuerdo que en el día 22 de noviembre de 1811 entré en sus jardines por la puerta de hierro, que ya no existía. Por el puente elíptico, llamado de las Azucenas bajé a la calle de los grandes chopos. Las fuentes ya no corrían; el gran estanque estaba encenagado, y había cesado el murmullo de la casa de agua. Subí las gradas, que no eran sino un montón de sillares desencajados, y me estremecí al hallarme en el salón del palacio. Allí donde habían sido los conciertos, las risas, la concurrencia de los mejores ingenios de España, ya sólo se escuchaba el roer de los insectos que carcomían los techos, y el bramido de los vientos que, entrando en los subterráneos, hacía retumbar bajo mis pies el pavimento... La impresión del terror es duradera y profunda; la del bien en el vulgo y en la Corte dura lo que el olor de las hojas de la rosa, arrojadas al cauce de un molino<sup>1</sup>.

---

1 En José de Somoza, *Prusas*. Piedrahíta, Sexifirmo, 1978, 30-31. Sobre el destino también trágico que

Dado que, después de todo, no fue aquél sino éste el mundo que al cabo sobrevivió, bajo el signo fatal de guerras, revueltas y revoluciones enseguida acaecidas, bien podrá parecer justificada una exploración generalista por las geografías de la enemistad, el disgusto, el enfrentamiento llevado al interior mismo de la psicología epocal. En todo caso, la justificación última y la legitimación incluso de una exploración como la que a continuación propongo por territorios no muy roturados, reside más bien en una causa reactiva. Algo que tiende a compensar un silencio, acaso un olvido.

En efecto, preguntarse por la genealogía de una pasión funesta en estos momentos significa atender a recomponer el espacio integral donde se ha jugado tradicionalmente la moral del hombre (ésta no siempre en camino hacia la conquista de virtudes cohesivas y de signo integrador y pacífico). La filosofía de las buenas intenciones y la generalización de las llamadas al universalismo y a la globalización (no sólo de las economías, sino de los pueblos y las almas, e, incluso, en su forma más utópica, el reclamo explícito al logro actual de una «alianza de civilizaciones»), pide a gritos penetrar en el espacio de otra polaridad silenciosa o silenciada. Centro gravitatorio incómodo y, en realidad, «sol negro»<sup>2</sup> donde se organizan las fuerzas disruptivas y donde se amenaza el orden social con la disolución del lazo cívico y el fracaso de lo centrífugo<sup>3</sup>.

---

le cupo en suerte al propio Somoza en las décadas ominosas de la restauración fernandina, véase L.F. Vivanco, «José de Somoza, el librepensador de Piedrahíta», *La Ilustración mágica*.

<sup>2</sup> Explícitamente hago aquí referencia a un estudio en cierta conexión con nuestro asunto: el de J. Kristeva, *Sol negro. Depresión y melancolía*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1997.

<sup>3</sup> Pues bien pudiera resultar el que, a pesar de la buena opinión que históricamente se ha construido para defender el bien que representa esa amistad, ésta no fuera ya al presente sino una categoría residual de la estructura social, y que, desgastada por su accidentada marcha por la historia, compareciera en la actualidad en la forma de un «cadáver». Véase una reflexión sobre ello en J. Pitt-Rivers, «La paradoja de la amistad», *Revista de Occidente*, 136 (1992), 57–72. Esa relativa «muerte» de la amistad tiene como consecuencia una cierta rehabilitación de afectos que habían sido largamente condenados en el interior de la cultura humanista. Como entre todos resalta la traición, «elogiada» en D. Jeambar e Y.

Frente a la más pertrechada estrategia retórica de la unificación y el discurso filantrópico que se vive en climas de exaltación utópica, como el que revela el pensamiento de Kant sobre la «paz perpetua»<sup>4</sup>, tal vez convenga pensar por un momento en lo que tradicionalmente han sido las conductas des-solidarizadas y los modos en los que cursa el disenso, la ajenidad y, en definitiva, la «extrañeza de mundo»<sup>5</sup>, que, al cabo, siempre desembocan en prácticas de no-colaboración, de oposición e ira radical y también de virtual aislamiento conducido por una crítica total.

Retrocedan entonces, al menos por un momento, las recurrentes emergencias de *Philia* y *Eros* que hoy vemos prodigarse por doquier, para preguntarnos en el cómo y en qué punto de la geografía discursiva hispana fueron convocadas dos divinidades de muy distinto talante, dos furias oscuras a las que conocemos como *Phobia* y *Polemos*. Después de todo, éstas últimas son las que, subterráneamente, determinan hacia sus crisis y grandes eventos de la desolación el mundo en que vivimos.

Pues, en efecto, todo parece indicar que a la sociedad de la era moderna articulada impulsivamente sobre la confianza (en la construcción de un consenso universal, en el compromiso político y también en el ideal de acción colectiva), le ha sucedido, en la posmodernidad, un movimiento centrífugo cuyo motor ahora es el «choque de civilizaciones» y la universal extensión de un sentimiento de desconfianza<sup>6</sup>.

---

Roucaute, *Elogio de la traición. Sobre el arte de gobernar por medio de la negación*. Barcelona, Gedisa, 1997. Precisamente la traición pone de relieve súbitamente la inconsecuencia de las creencias más difundidas, pues éstas carecen de fundamento natural; simplemente no existe su legitimidad incontestable.

4 Véase el tratado homónimo ahora publicado en Madrid, Tecnos, 2003.

5 Para citar, casi al pie de la letra, el título que P. Sloterdijk ha dado a su ensayo sobre estas cuestiones *Extrañamiento del mundo*. Valencia, Pre-Textos, 2001.

6 Esa al menos es la tesis sostenida por Z. Barman, *Modernidad líquida*. México, FCE, 2006, 11 y ss. Para analizar las características de la utopía en torno al concepto de «humanidad única», véase A. Peyrefitte, *La sociedad de la confianza*. Barcelona, Andrés Bello, 1996.